

Carsten Sinner

Fronteras, lindes, límites. . . A propósito de un reto conceptual, terminológico y metodológico

En la historia de la lingüística, la referencia a todas las formas posibles de frontera se ha convertido en una respuesta clásica polivalente para cualquier problema teórico y metodológico y, debido a su inabarcabilidad y falta de manejabilidad, se ha convertido, al mismo tiempo, en un problema teórico y metodológico por sí mismo (cfr. la excelente revisión en Côté, Prikhodkine & Racine en este volumen).

La idea de las fronteras se complementa con la noción de vínculos entre distintas áreas y el concepto de vías de contacto para superar estas fronteras desempeña un papel importante dentro de la lingüística. El papel de los caminos y las rutas de transporte en la difusión de las lenguas, así como los mecanismos de la trashumancia como factor en el desarrollo lingüístico constituyen conocimientos básicos de manual.

Examinando pormenorizadamente las diferentes aproximaciones a las fronteras –límites, lindes, confines, linderos, márgenes, delimitaciones, umbrales, líneas divisorias, etc.– y el uso de los numerosos términos asociados –obstáculos, categorías, dominios, áreas, campos, grupos, comunidades, etc. –, pueden hacerse algunas observaciones fundamentales sobre las categorías subyacentes. Dependiendo de la lengua, un mismo término puede tener varios de estos significados diferentes.

(i) Las fronteras pueden verse como algo que separa *físicamente*, que impide el contacto humano, de ahí (a) la idea de que las fronteras (también) pueden separar lenguas, o (b) la expectativa de que las fronteras conducen a diferencias o alteridades lingüísticas o, al menos, contribuyen a tal desarrollo. Es decir, hay que adoptar una doble perspectiva, ya que, por un lado, los límites se consideran un desencadenante de la variación y, por otro, la variación se interpreta como un indicio de la existencia de barreras de cualquier tipo. La idea de que la variación lingüística puede ser un elemento cohesivo o unificador es bastante reciente (cfr. Sinner, 2012).

Estas fronteras pueden ser “naturales”, como pantanos, ríos, bosques, montañas, valles, etc., y, desde los primeros tiempos de la aproximación científica a las lenguas, ha habido una gran concienciación sobre el impacto de estos accidentes geográficos en diferentes ramas de la lingüística. En función de su permeabilidad,

las fronteras políticas pueden desempeñar el mismo papel que las fronteras naturales, ya que los espacios geográficos pueden estar mediatizados por la práctica política, mientras que “the relation of language to political spaces is always mediated by cultural systems – language ideologies” (Gal, 2010, p. 33). “The internationally conventional language map is built on the perspective of the contemporary nation-state as a political form” (Gal, 2010, p. 33), en tanto que “migrant populations are likely to have different visions of space, politics and language” (Gal, 2010, p. 43). Wright (2014) explora los posibles vínculos entre el territorio imaginado del mapa, la visión que dicha representación nos da de nuestro lugar en el mundo y las cuestiones de identidad social y lenguaje.

También hay que tener en cuenta la posibilidad de que las fronteras solo puedan cruzarse en una dirección o únicamente sean permeables únicamente para una parte de la población; véanse Austria y la Hungría comunista o la RFA y la RDA (solo los ciudadanos de Austria, de la RFA y los ciudadanos jubilados de la RDA podían viajar en ambas direcciones).

La vinculación de los aspectos geográficos y lingüísticos se produjo muy pronto y dominó muchos ámbitos de la lingüística durante largo tiempo. La opinión dominante es que la variación está relacionada causalmente con la existencia de fronteras. Este enfoque puede verse, por ejemplo, en la idea de isoglosas y haces de isoglosas como indicadores de límites geográficos de ciertos aspectos de la lengua (cfr. von Wartburg, 1940) –es decir, variantes para ciertas variables–, como la línea La Spezia-Rimini. Son ejemplos de ello la dialectología, la geolinguística o, con un fuerte enfoque en las características areales, ramas como la lingüística areal y el estudio de espacios lingüísticos discontinuos o *islas lingüísticas* (cfr. Auer & Schmidt, 2010; Sinner, 2014). Este último término se introdujo ya en 1847 para referirse a un enclave lingüístico de una lengua rodeada de una o varias lenguas (Riehl, 2010, p. 335).

(ii) También pueden considerarse fronteras las separaciones por motivos sociales: estratos sociales con clases más o menos “impermeables”, que a veces coinciden con grupos que tienen determinadas características sociales, culturales, etc., como la pertenencia a una determinada religión, casta, etc. (cfr. el posicionamiento crítico de Aitchinson, 1993; véase Levon & Katsiveli, en este volumen).

Las fronteras religiosas, al igual que las políticas, pueden ser más o menos permeables y representar fronteras puramente administrativas –como la diócesis de Fulda, en Alemania, en medio de una zona protestante: las personas deciden por sí mismas si van o no a Fulda y votan con los pies, por así decirlo, y tienen sus relaciones sociales, hacen sus compras, etc. donde van a la iglesia– o coinciden con fronteras nacionales más o menos herméticas, como las líneas trazadas entre India y Pakistán con la división de la antigua India británica debido a dispu-

tas religiosas y étnicas en 1947. Es decir, existen diferencias que se han desarrollado históricamente tanto por las elecciones humanas como por la coacción y la prohibición o las convenciones sobre qué clases y castas, grupos religiosos, grupos étnicos, personas de determinado color de piel, etc. pueden, deben o no deben tener contacto con qué otras.

Esta visión del papel de las fronteras “sociales” complementa el examen de la lengua y la variación asociado a las fronteras geográficas (véase Derwich, 2018 sobre la percepción de las fronteras como fenómeno social). Mientras que la visión sociolingüística del papel de las fronteras sociales y el papel de los grupos sociales determinados en función de aspectos extralingüísticos se caracteriza por enfoques como la lingüística de la variación de corte laboviano (Labov, 1963, 1966, 1972a, 1972b), el paradigma diasistemático, con la variación diastrática y diafásica en particular, es esencial en el enfoque de la lingüística de las variedades (Coseriu, 1980) (véase Sinner, 2014). Con el giro espacial, los *dominios* de la práctica lingüística planteados en la sociología del lenguaje (Fishman, 1965) se convierten en *espacios sociales* (Mæhlum, 2010). Otra aproximación a estos ámbitos o espacios sociales es la idea de los mercados lingüísticos como una forma de referirse a mecanismos que se producen en una comunidad socialmente definida (Bourdieu, 1984). La focalización de las “vías” entre zonas geográficas se complementa a su vez con la noción de relaciones sociales, vínculos entre personas de una o distintas zonas y las redes sociales resultantes (Milroy, 1980, 1982; Milroy & Milroy, 1985). Es evidente que las suposiciones relacionadas con las fronteras sociales deben vincularse a cuestiones cada vez más relevantes, como la delimitación de los grupos, la accesibilidad y la igualdad de oportunidades (o el control del acceso a determinados registros, por ejemplo). Esto, a su vez, implica que las actitudes y opiniones de los hablantes también estén cada vez más en el punto de mira (cfr. Soria & Morgenthaler García, en este volumen). El criterio social del sexo/género es cada vez más objeto de debate debido a la orientación extremadamente bipolar de la lingüística en el curso de su historia (cfr. Welker, en este volumen).

(iii) Desde otra perspectiva lingüística, además de las fronteras *de facto* realmente “existentes” y “visibles” (por ejemplo, naturales, políticas, sociales), es posible derivar un tipo de frontera “descriptiva”, “deducida”, que es, por así decirlo, virtual y no absoluta por naturaleza, ya que se deriva a partir de criterios que vienen determinados más o menos arbitrariamente por los seres humanos. Estas fronteras derivadas pueden coincidir –posiblemente en parte– con las fronteras “físicas” *de facto* existentes o históricas.

Las fronteras entre variedades pueden o no estar ligadas al espacio geográfico, y pueden ser meras proyecciones de los hablantes, que diferencian (o no) las variedades en función de criterios más o menos flexibles y unívocos (cfr. Sinner,

2014 sobre de la idea de que una variante lingüística es teóricamente suficiente para la diferenciación de distintas variedades).

Trazar fronteras entre variedades lingüísticas a partir de criterios puramente lingüísticos y observando (o contabilizando) variantes resulta complicado, precisamente debido a la naturaleza arbitraria de los criterios, definiciones y cuantificaciones subyacentes. Esto se aprecia, por ejemplo, al intentar determinar la lengua matriz en el contexto del cambio de código entre lenguas emparentadas (Sinner, 2008) o al analizar lexemas tomados de otra variedad lingüística (Sinner, 2004). Se puede establecer un continuo graduado con distintos “niveles” de integración en función de los criterios aplicados: pronunciación, ortografía, significado, adaptación a la gramática, etc., pero queda pendiente la cuestión de determinar a partir de qué momento un elemento “pertenecer” a una u otra lengua y cuándo deja de funcionar como una “cita” de otra lengua. Los propios hablantes difieren al respecto, y los lingüistas también tienen posturas diferentes sobre el asunto (cfr. Sinner, 2004). La frontera es trazada por los hablantes o los lingüistas, quienes se basan en criterios o categorizaciones y escalas de medida que obedecen a decisiones más o menos arbitrarias: los límites claros son la excepción, mientras que un continuo (con dos o incluso más polos) es la norma. La misma idea de continuo se aplica a aspectos relacionados con el lenguaje, como las identidades lingüísticas (Schlumpf, en este volumen). Por otra parte, el intento de establecer nuevas categorías está acompañado normalmente por la introducción de nuevas fronteras (cfr. Zavala, Crespo & Vargas, en este volumen, sobre el desarrollo de una nueva variedad diasistemática del quechua).

Pero los humanos buscamos activamente límites para estructurar nuestro mundo, porque está en nuestra naturaleza categorizar todo y a todos. Tanto Sausure como muchos autores anteriores a él, como Paul y su fabuloso e injustamente olvidado *Principien der Sprachgeschichte* (1880), aplican la idea de las oposiciones. Todo lo que hacemos como seres humanos está relacionado con este principio constantemente aplicado de categorizar en función de oposiciones. Percibimos los límites –y aquí volvemos a las isoglosas– donde vemos haces. Los límites en el lenguaje son oposiciones, o son haces estadísticos inferibles si no se reconocen otras oposiciones claras. Lo mismo ocurre cuando nos encontramos por primera vez con otros seres humanos e instintivamente intentamos determinar el grupo al que podrían pertenecer. El establecimiento de *grupos*, entre ellos comunidades de habla, comunidades lingüísticas, etc., es decir, comunidades consideradas como tales debido a prácticas lingüísticas compartidas (cfr. Dondelewski en este volumen) se considera un aspecto sumamente problemático, y, al mismo tiempo, es extremadamente relevante para la lingüística. Se plantea la cuestión de la delimitación y clasificación del uso lingüístico de dos, tres o más personas –¿debe considerarse ya como un uso colectivo de la lengua?; ¿dos perso-

nas con características lingüísticas distintivas deben considerarse ya un grupo? (cfr. Sinner, 2003, 2014)–. Hay que decir, en este contexto, que los seres humanos también establecen fronteras para aislar a otros o para situarse en un determinado lugar (mejor, más seguro, más relevante, más prestigioso, etc.) y controlar el acceso a los privilegios (y las comunidades o grupos que se benefician de ellos). Es un legado lingüístico de Chomsky que los lingüistas empezaran a eclipsar cualquier tipo de frontera en el sentido de dejar de lado cualquier aspecto de posible variación. Así, el examen de la lengua y el espacio, en boga desde el giro espacial, es también un enfoque renovado de la cuestión de las fronteras en la lingüística.

Sin embargo, a pesar de la necesidad de categorizar, los humanos tendríamos que aceptar que, en general, existen distintos niveles y gradaciones, pero no categorías o grupos nítidamente delimitables. La *lengua* (así como los nombres de las variedades que no se clasifican como tales) es una categoría creada por el hombre y, según los criterios, los límites son diferentes o la demarcación diverge. Incluso los distintos grados de un continuo son, de algún modo, categorías propias, elaboradas a partir de decisiones humanas sobre los criterios que deben aplicarse.

Por todo ello, es necesario distinguir entre las mencionadas fronteras *de facto* y las derivadas, y tener siempre en cuenta el papel de los hablantes y los investigadores en la categorización de la lengua y el establecimiento de categorías lingüísticas. Todas las lenguas “históricas” o “independientes” son el resultado de esa categorización hecha por el ser humano; las fronteras y la demarcación varían y difieren según los criterios que se apliquen.

La idea de que no existen límites claros y de que sólo hay transiciones graduales en el sentido de zonas grises clasificatorias parece ser una visión poco satisfactoria para algunos autores. Esta idea de una zona gris, de nociones de contenido variable, o el mismo concepto de zonas difusas o áreas borrosas (ing. *fuzzy areas*) en el lenguaje no debe equipararse a enfoques más recientes, en los que todos los procesos de superación de fronteras –existentes o supuestas– se consideran hibridación. Para “resolver” este problema del cambio gradual, de los continuos o de las fronteras poco definidas, no podemos simplemente crear una categoría “esponjosa” de hibridación, en la que arrojemus todo aquello que no conseguimos separar con claridad. Hibridación es una *catégorie poubelle* o *cajón de sastre* lleno de elementos que no podemos, no nos atrevemos o no queremos categorizar porque parecen no seguir las claras oposiciones binarias y criterios de clasificación que a los humanos nos encanta establecer. Esto convierte al propio concepto de *hibridez* en otra categoría creada por el hombre, aunque bastante dudosa, ya que, si bien pretende disolver fronteras, termina generando otras nuevas en el proceso. Lo mismo puede decirse de la disolución del concepto de *diáspora* que originalmente se fundamentaba en la estrecha relación entre lengua, identidad, espacio y fronteras (cfr. Hadodo; Bonomi, en este volumen). Este con-

cepto se ha transformado en una noción altamente controvertida y difusa debido a la reducción de sus criterios definitorios y a su mera dependencia de la existencia de relaciones de cualquier tipo entre personas (Sinner, 2021).

References

- Aitchinson, J. (1993). *Words in the Mind. An Introduction to the Mental Lexicon*. Oxford: Blackwell.
- Auer, P. & Schmidt, J. E. (eds.) (2010). *Language and space: theories and methods. An international handbook of linguistic variation*. Berlin / New York: De Gruyter.
- Bourdieu, P. (1984). *Ce que parler veut dire*. Paris: Fayard.
- Coseriu, Eugenio (1980). ‚Historische Sprache‘ und ‚Dialekt‘. In: J. Göschel, P. Ivić & K. Kehr (eds.), *Dialekt und Dialektologie. Ergebnisse des Internationalen Symposions, Zur Theorie des Dialekts‘, Marburg/Lahn, 5.-10. September 1977*, (pp. 106–122). Wiesbaden: Steiner.
- Derwich, K. (2018). Fronteras como categoría social. La perspectiva teórica de las fronteras en el siglo XXI. In: *Anuario Latinoamericano Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales* 6, 37–51. <http://dx.doi.org/10.17951/al.2018.6.37-51>
- Fishman, J. A. (1965). Who speaks what language to whom and when?. In: *La linguistique* 2, 67–88.
- Gal, S. (2010). Language and political spaces. In: P. Auer & J. E. Schmidt (eds.), *Language and space: theories and methods. An international handbook of linguistic variation* (pp. 33–50). Berlin / New York: De Gruyter.
- Labov, W. (1963). The social motivation of a sound change. In: *Word* 19, 273–309.
- Labov, W. (1966). *The social stratification of English in New York City*. Washington, DC: Center for Applied Linguistics.
- Labov, W. (1972a). *Language in the Inner City: Studies in Black English Vernacular*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Labov, W. (1972b). *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Mæhlum, B. (2010). Language and social spaces. In: P. Auer & J. E. Schmidt (eds.), *Language and space: theories and methods. An international handbook of linguistic variation* (pp. 18–32). Berlin / New York: De Gruyter.
- Milroy, J. & Milroy, L. (1985). Linguistic change, social network and speaker innovation. In: *Journal of linguistics* 21, 2, 339–384.
- Milroy, L. (1980). *Language and social networks. A social account of sociolinguistic method*. Oxford: Blackwell.
- Milroy, L. (1982). Social network and linguistic focusing. In: Suzanne Romaine (ed.), *Sociolinguistic Variation in Speech Communities* (pp. 141–152). London: Edward Arnold.
- Paul, H. (1880). *Principien der Sprachgeschichte*. Halle: Niemeyer.
- Riehl, C. M. (2010). Discontinuous language spaces. In: P. Auer & J. E. Schmidt (eds.), *Language and space: theories and methods. An international handbook of linguistic variation* (pp. 332–354). Berlin / New York: De Gruyter.
- Sinner, C. (2003). El concepto de *comunitat* en la lingüística. *Estudios Catalanes* (Santa Fe, Argentina) 1, 133–149.
- Sinner, C. (2004). *El castellano de Cataluña*. Tübingen: Niemeyer.
- Sinner, C. (2008). Castellano y catalán en contacto: oralidad y contextos informales. In: *Oihenart. Cuadernos de Lengua y Literatura* 23, 521–543.

- Sinner, C. (2012). La unidad de la lengua: ¿solo ha de mirarse en el habla de las personas cultas?. In: F. Lebsanft, W. Mihatsch & C. Polzin-Haumann (eds.), *El español, ¿desde las variedades a la lengua pluricéntrica?* (pp. 47–70). Frankfurt am Main / Madrid: Vervuert / Iberoamericana.
- Sinner, C. (2014). *Varietätenlinguistik. Eine Einführung*. Tübingen: Narr.
- Sinner, C. (2021). Diaspora. Typologien, Kriterien und Kritik. *Quo Vadis, Romania? Zeitschrift für eine aktuelle Romanistik* 56, 15–100. <https://www.univie.ac.at/QVR-Romanistik/wp-content/uploads/2021/02/QVR-56-Sinner.pdf>
- Wartburg, W. von (1940). *La posizione della lingua italiana*. Firenze: G. C. Sansoni.
- Wright, S. (2014). The map, the group and language ideology. In: *Journal of World Languages* 1, 2, 81–98. <http://dx.doi.org/10.1080/21698252.2014.937562>

